

SOPHIA

Nº 371 MARZO-ABRIL 2026



CONTENIDO

DL B - 14022 - 1998

EDITORIAL

APRENDIENDO A MIRAR	39
¿QUÉ HAY DE NUEVO? UNA PREGUNTA QUE VALE LA PENA PLANTEARSE Tim Boyd	41
LA PUERTA DEL GOZO Tim Boyd	48
CARTAS DE BLAVATSKY	55
LA TEOSOFÍA Y LA VIDA PRÁCTICA Danielle Audoin	60
LA GALAXIA M100 Rubén Modino.....	63
RESEÑA DE LAS JORNADAS IBÉRICAS DE 2026 Raquel Fernández	65
ORDEN TEOSÓFICA DE SERVICIO (OTS) TALLERES DE MEDITACIÓN EN LA PRISIÓN Jesús Iglesias.	69
NOTICARIO	72

Cubierta: Victoria Rodrigo.

Edita: Editorial Teosófica S.L. para la Sociedad Teosófica Española.

Secretario General de la Sección: Jesús Iglesias Redondo.

La Sociedad Teosófica Española sólo es responsable de las comunicaciones oficiales que aparecen en esta revista.

Las opiniones de los autores son de su propia responsabilidad.

RAMAS DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA ESPAÑOLA

ALAYA

alaya@sociedadteosofica.es. Sevilla
ANANDA ananda@sociedadteosofica.es
Zaragoza
ARJUNA arjuna@sociedadteosofica.es
www.arjunabarcelona.com
c. Torrent de l'Olla, 218-220, 2º, 3ª, 08012
Barcelona

BHAKTI bhakti@sociedadteosofica.es
c. Joaquim Costa, 46 - 08222 Terrassa.
Barcelona.

BILBAO bilbao@sociedadteosofica.es
c. Hurtado de Amézaga, 27, 3º, Dpto 3,
Edificio Sanreza 48008. Bilbao.

CERES ceres@sociedadteosofica.es
Plaza Bruselas nº 2, 10001. Cáceres.

EL LOTO BLANCO

kailasangel@yahoo.es
Centro de yoga Kailas. Avda. de Florida 53.
of. 10. Vigo 36210 (Pontevedra).

HESPERIA hesperia@sociedadteosofica.es
c. Mayor, 1, 2º, 20ª-28013. Madrid

MOLLERUSSA

mollerussa@sociedadteosofica.es
<http://www.lleidaparticipa.cat/teosofialleida>
c. Saturno, 15, 2º 3ª-25003-Lleida

NARAYANA

narayana@sociedadteosofica.es
c. Entaran Kalea, 10, 3º dcha.
20730-Azpeitia. Guipuzkoa.

RAKOCZY rakoczy@sociedadteosofica.es
www.ramarakoczy.es. Madrid

VIVEKA yogapbel@gmail.com
carrer Sant Pere, nº8, 08191 Rubí.
Barcelona.

GRUPOS DE ESTUDIOS:

JINARAJADASA jinarajadasa@
sociedadteosofica.es. Valencia
"LA CALMA"

pedrocluahorcajuelo@gmail.com. Sta. Mª de
Palautordera. Barcelona

"LA RIOJA" larioja@sociedadteosofica.es
Avda. de Colón, 57 - 26003 Logroño.

"LOTO AZUL"

lotoazul@sociedadteosofica.es. Málaga

"MARIO ROSO DE LUNA"

mrosodeluna@sociedadteosofica.es. Alzira
"MITRADEVA"

mitradeva@sociedadteosofica.es. Asturias
"SAMADHI"

samadhi@sociedadteosofica.es. Alicante
"SOPHIA"

sophia@sociedadteosofica.es Bilbao.

"SURYA"

surya@sociedadteosofica.es. Murcia
"ZANONI"

zanoni@sociedadteosofica.es. Cáceres.

ORDEN TEOSOFICA DE SERVICIO

abuena134@gmail.com

SECRETARIA GENERAL

presidencia@sociedadteosofica.es
secretaria@sociedadteosofica.es
website: <https://sociedadteosofica.es>

SEDE INTERNACIONAL

The Theosophical Society Adyar,
Chennai 600.020, India.
website: <http://www.ts-adyar.org>
TPHAdyar: <http://www.adyarbooks.com>
<http://www.ts-adyar.org/catalogue.html>.
tphindia@gmail.com



APRENDIENDO A MIRAR

Aprender a mirar no es una sugerencia, es una necesidad vital en todos los tiempos y momentos. Comprender es expandir la conciencia. Quienes nos adentramos en el estudio de la sabiduría eterna nos constituimos en privilegiados, no tanto por el acceso a la comprensión de las Leyes de la Naturaleza, que también, sino por la responsabilidad que ello comporta.

La comprensión nos adentra en el sentir profundo y singular de la Vida Una. Esa Vida una a la que quizás tanto nos referimos como parte de nuestras disertaciones y reflexiones. Pero el disponer de la posibilidad de una mayor comprensión nos sitúa en la condición de aquel que recibió unos talentos y al término de su misión ha de responder ante la Vida y dar cuenta de qué hizo con ellos.

En este más que convulso mundo en el que ahora transitamos, en este primer cuarto de siglo XXI, apenas si entendemos cómo es posible que la humanidad no sea consciente, no haya comprendido aún que sólo el progreso en unidad es la vía que adoptar. Cuando apenas cabe explicación alguna para entender que los avances y logros alcanzados por la humanidad tras el terrible dolor de las dos guerras mundiales están siendo socavados y que pareciera que no queden principios universales ni siquiera en

sus declaraciones escritas, se nos exige a quienes aspiramos a ser expresión de la Ley de Leyes, la compasión, que miremos, que aprendamos a mirar.

Únicamente en términos de evolución, de una evolución y sendero de los que con tanto celo nos hablan los libros que compilan y compendian las certezas de la Vida, únicamente desde este prisma caben las explicaciones, si bien éstas puedan no ser del agrado de nuestras personalidades. Este mirar nuevo no es otro que el mirar desde el alma, desde esa nuestra condición elevada que se despierta con cada simple gesto de fraternidad, de solidaridad, de colaboración, que se despierta con cada silencio, con cada ausencia de juicio y de condena.

No podemos constituirnos en jueces si no conocemos las Leyes que, en sí, son el propio tribunal de la vida. Se hace urgente un mirar desde el alma, para entender que nada permanece sino la Vida, y que la materia es el vehículo de la conciencia.

El desenvolvimiento en el tiempo, el movimiento o energía presente en todo cuanto es manifestación, propicia el despertar de la potencialidad de la conciencia. El mirar al que nos deberíamos enfocar es el mundo de la conciencia y no el de la materia que la alberga. Este mirar y comprender

desde el silencio nos ofrece una clara comprensión del por qué se nos dijera que materia es espíritu en un grado denso y espíritu es materia en un grado sutil. Es el despertar de la conciencia, su desarrollo, el trascender nuestros viejos modos y maneras por otros nuevos, los del amor sin condiciones, es lo que revela que esta materia en la que vivimos está siendo espiritualizada.

La compasión es una condición de la energía, de la conciencia y de la materia espiritualizada, es el resultado de un mirar valiente, que a nada teme, que acepta el tiempo en que le ha tocado desenvolverse. Este tiempo es parte del movimiento y parte de los planes en que la evolución como un todo se desarrolla. Mirar con los ojos del alma es advertir este tiempo no como algo puntual sino como el efecto de nuestras creaciones como seres humanos. Mirar este tiempo demanda aprender a construirlo desde una mirada nueva, sabedora y confiada en que lo que nos propone la sabiduría eterna no son simples



proposiciones sino la base de la Ley misma, la coparticipación consciente, hasta donde podamos, con la Jerarquía de Vidas que nos rodean por doquier.

La Jerarquía nos intima a que colaboremos con ella sabiamente, a que miremos que las leyes son el amor y el amor es la expresión de las leyes. Ante tanto desmán y sinsentido, los ojos del alma contemplan cómo los lirios del campo siguen creciendo y lo demás les es dado por añadidura. Miremos que estas vestiduras que tanto adornamos no son más bellas ni más perdurables que las de Salomón.

Que sean los ojos de la belleza, de la verdad y de la bondad los que, sabiéndose uno con lo que observan, miren y miren y desvelen lo que subyace en todo cuanto ocurre en esta nuestra época. Debemos mirar con esta mirada lúcida y amorosa, con una mirada interna que hace de los tiempos que vivimos el recordatorio de que sólo desde un más elevado estado de conciencia, el del amor, podremos trascender el sinvivir en la materia a la que pareciera estamos, por nuestras creaciones, condenados.

Estas reflexiones no pueden quedar huérfanas de confianza ni de esperanza, pues anidan y son fuente del valor que necesitamos para este vivir en la conciencia y desde la conciencia de un mirar que revela el Amor.

Jesús Iglesias

¿QUÉ HAY DE NUEVO? UNA PREGUNTA QUE VALE LA PENA PLANTEARSE

Tim Boyd

El tema de nuestra convención se ha centrado en el concepto de la novedad, en particular en el resurgir de una nueva humanidad. Hemos abordado este aspecto, pero no es posible explicar ni definir por completo hacia dónde nos dirigimos. Sin embargo, me gustaría dedicar cierto tiempo a explorar este aspecto de la novedad. Es posible que haga referencia al pasado para comprender mejor el presente, pero ya veremos cómo vamos avanzando.

Ahora que la ciencia médica tiende a incluir algunos de los aspectos psicológicos y espirituales del ser humano, una de las cosas que ha quedado clara es que nuestra exposición a las cosas nuevas tiene una cualidad positiva y aceleradora: un efecto químico y neurológico que afecta a nuestro estado de ánimo, memoria, aprendizaje, motivación, inspiración, etc. Sin embargo, se trata de unos efectos iniciales que se desvanecen a medida que aumenta la familiaridad. Para muchos, los sentimientos alterados dan lugar a un deseo constante, una adicción a lo nuevo. Esta atracción por la novedad se relaciona con un nivel de sensaciones, sentimientos e ideas que poco tiene que ver con una Nueva Humanidad que es algo más que un simple cambio de circunstancias.

Cuando hablamos de lo nuevo, hay dos formas de verlo. Por un lado, tendemos a inclinarnos hacia la idea de que lo nuevo es algo que nunca antes ha existido, que ha sido inventado, creado o descubierto ahora por primera vez. Otro enfoque es que hay cosas, ideas, condiciones y estados del ser que ya existen, pero que, por la razón que sea, los estamos viendo por primera vez. Así pues, tenemos lo nuevo que ya existía y lo nuevo que nunca antes ha existido. Analicémoslo desde la perspectiva de nuestra Sociedad Teosófica y su historia.

En los primeros tiempos de la Sociedad Teosófica, su historia estaba intrínsecamente ligada a una sola persona, H. P. Blavatsky (HPB). Sin ella, la Sociedad no habría existido. No habría habido nadie para dar vida a este movimiento.

La vida de Blavatsky estuvo marcada por experiencias extraordinarias. A los 17 años, se embarcó en un viaje alrededor del mundo, una característica que marcaría su vida hasta la muerte. Sus viajes estaban impulsados por un profundo deseo de sumergirse en las profundas enseñanzas esotéricas del mundo y buscar la guía de diversos mentores. Sus primeros viajes la llevaron a Turquía, Grecia, Egipto, la India y América del Norte y del Sur.

Eran tiempos en los que no existían los viajes aéreos, y viajar era una empresa muy diferente y desafiante. A pesar de estos obstáculos, Blavatsky se embarcó en este viaje transformador, que continuaría a lo largo de toda su vida.

En sus primeros años, tuvo algunas experiencias de la presencia de alguien a quien consideraba su maestro. Incluso hubo ocasiones en las que, en momentos en que su vida o su seguridad estaban en peligro, recibió ayuda física gracias a su intervención. Tenía visiones de él, pero no en forma física.

A los 20 años, se encontraba en Londres. Mientras observaba un desfile de príncipes indios que pasaba por la calle, vio a su maestro por primera vez en forma física. La historia cuenta que intentó correr hacia él, pero él le hizo una señal y se detuvo.

Después, esa misma tarde, mientras iba paseando y pensando en aquella experiencia, se encontró con él en persona. Durante ese encuentro, él le describió algo sobre el futuro que le esperaba. Le dijo que necesitaba formación adicional, pero que participaría en la creación de un movimiento. Los detalles de ese movimiento no fueron descritos de forma específica, sólo se dijo que estaba relacionado con la Sabiduría Eterna.

Sus viajes continuaron y, durante los siguientes veinte años, siguió entrando en contacto con maestros y estudiantes de gran profundidad en el ámbito del ocultismo. Se dirigió a la India, donde pasó dos años. Luego

fue a París en 1873. En ese momento, cuenta que su maestro le dijo que era hora de comenzar ya su trabajo y que el futuro que le esperaba se encontraba en los Estados Unidos.

Para alguien como HPB, el encanto del espiritismo era irresistible. En aquella época, Estados Unidos vivía un movimiento espiritista vibrante y muy mediático. Todo aquello resonaba profundamente en ella, ya que representaba una conexión tangible entre el mundo físico y otros reinos. Los periódicos informaban sobre esos fenómenos, y HPB se sintió atraída a presenciar y participar en la búsqueda de una comprensión más profunda de los fenómenos del espiritismo, de lo que realmente estaba sucediendo al tender un puente entre los vivos y los muertos. Reconoció la realidad de la comunicación con algún aspecto de las personas fallecidas. Pero también reconoció que en el movimiento faltaba el conocimiento real para contrarrestar la especulación descabellada y la invención de teorías y doctrinas sobre la vida después de la muerte.

HPB describió su viaje a los Estados Unidos como algo similar al sentimiento de un musulmán devoto que visita La Meca, lleno de emoción y expectación. Fue allí donde conoció al coronel Olcott, quien observaba e informaba sobre la actividad de las sesiones de espiritismo en la granja de los hermanos Eddy. Olcott, aunque no era alguien escéptico por naturaleza, era un investigador que exigía pruebas visibles. Lo que presenció en las sesiones a las que asistió le convenció de su autenticidad. Una observación notable fue el cambio repentino en la naturaleza e intensidad de los fenómenos cuando llegó HPB.

Comenzaron a desarrollarse sucesos extraordinarios, incluida la aparición de personas asiáticas con atuendos que los estadounidenses no podían imaginar ni comprender. HPB atribuyó una parte de estos acontecimientos a su propia atmósfera psíquica y otra parte significativa a sus propias materializaciones intencionadas.

Tras su encuentro con Olcott, la Sociedad fue fundada oficialmente en la ciudad de Nueva York en 1875. En aquel momento, Estados Unidos tenía apenas 99 años: un bebé entre las naciones, joven, fresco, nuevo. Había pasado solo una década desde que las leyes habían cambiado, aboliendo la propiedad legal y la venta de personas como mercancía. Antes de eso, las personas de ascendencia africana eran traídas al país como mercancía para venderlas. Las leyes de la época eran mucho más indulgentes con el maltrato de caballos y perros que con los seres humanos de ascendencia africana. Es sorprendente que fuera aquí donde naciera una Sociedad que más tarde abrazaría la fraternidad universal sin distinción de raza, casta u otras distinciones.

Era una nación que acababa de soportar una guerra civil, un conflicto que se cobró la vida de una de cada 50 personas del país. Todas las familias y hogares se vieron afectados. De este trauma surgió el movimiento espiritista, impulsado por un profundo anhelo de conectar con los seres queridos recientemente perdidos. Aunque siempre ha habido personas con una sensibilidad agudizada hacia otros reinos —médiums, videntes, etc.—, en esos momentos se hicieron famosos precisamente por este deseo

de la gente. Eso fue lo que HPB vino a investigar, y a utilizar el espiritismo como plataforma para presentar la visión más profunda y completa que la teosofía pretendía ofrecer sobre el alcance y la capacidad de los poderes humanos latentes.

Inicialmente, la misión de HPB era la de establecer una «organización filosófico-espiritual». Adoptó el nombre de «Sociedad Teosófica» como defensora de la Teosofía —la Sabiduría Divina—. Se le encomendó la tarea de comunicar las enseñanzas que se alineaban con la sabiduría antigua.

En 1877, HPB publicó su primer libro, *Isis sin velo: Una llave maestra para los misterios de la ciencia y la teología antiguas y modernas*. Al comparar y contrastar las visiones actuales con las de las antiguas tradiciones de la sabiduría, presentaba una visión contundente de las insuficiencias de la ciencia y la religión contemporáneas.

Volviendo, pues, a la pregunta de ¿qué había de nuevo? Literalmente, todo lo que presentaba era nuevo —antiguo en todos los sentidos, pero completamente nuevo, desconocido e inédito en el Occidente del siglo XIX. Una idea que destacó a lo largo de su vida fue la importancia de las doctrinas entrelazadas de la reencarnación y el karma. Aunque quizá nunca lleguemos a comprender plenamente el funcionamiento del karma, entenderlo implica necesariamente el concepto de la reencarnación: la idea de que las causas se desarrollan para producir efectos a lo largo de unos períodos de tiempo que se extienden más allá de una sola vida individual. Estas palabras figuran ahora en todos

los diccionarios y enciclopedias del mundo. Sin embargo, en aquella época se consideraban exóticas y eran en gran medida desconocidas en América.

También desarrolló otros conceptos «nuevos», como la naturaleza multidimensional del ser humano, que evolucionó hacia el concepto de los siete planos; la idea de que no existe tal cosa como el espacio vacío; que la inteligencia es omnipresente; que hay una evolución espiritual en curso, no meramente el desarrollo darwiniano de las formas físicas, sino una evolución del «hombre interior» que, para los seres humanos, requiere la etapa de los Maestros de la Sabiduría —el ser humano perfeccionado—; y que podemos ser proactivos en nuestro progreso evolutivo. Eran unos conceptos exóticos, antiguos, pero totalmente nuevos, que ella introdujo en la mente occidental. Muchas de estas ideas, en particular el concepto de la unidad de toda la vida, eran novedosas y suscitaban una atención significativa.

Parte del atractivo de HPB residía en su capacidad para producir diversos fenómenos psíquicos a voluntad. Cuando celebraba sus reuniones en la ciudad de Nueva York, la gente quedaba asombrada por algunas de sus extraordinarias habilidades. Hay un maravilloso libro de Daniel Caldwell titulado *El mundo esotérico de Madame Blavatsky*. Es una recopilación de cartas, artículos de prensa y artículos de periódico de personas que conocieron a HPB. No todos eran amigos suyos ni estaban de acuerdo con sus ideas, pero todos hablaban de alguna experiencia que habían tenido de primera mano con ella.

Para citar una de las cosas fenoménicas de las que se fue testigo: HPB, fumadora empedernida, podía mantener una conversación, escribir y liarse un cigarrillo con una sola mano, todo al mismo tiempo. En uno de los reportajes contaban que había dejado su [bolsa de] tabaco en otra habitación. En lugar de levantarse para ir a buscarla, ante el asombro de las personas allí reunidas, lo invocó, y todos vieron cómo flotaba por la habitación hasta llegar a su mano. En nuestro Museo de Arte Blavatsky se pueden ver algunos de los dibujos y objetos que fueron creados de manera fenoménica de esta forma.

HPB permaneció en Estados Unidos durante unos cinco años, hasta 1878, cuando ella y el coronel Olcott trasladaron la ST a la India. Abandonaron el Nuevo Mundo y llegaron, no sólo al Viejo Mundo, sino al mundo más antiguo, la India, donde una tradición espiritual activa y profunda seguía viva desde hacía milenios. Aunque la ST se fundó en Estados Unidos, cobró vida de verdad en la India. Aquí llegaron estos dos occidentales y comenzaron a hablar de las profundas verdades inherentes a las prácticas religiosas y espirituales de este lugar, negándose a permitir que fueran suprimidas por el dominio colonial y fomentando su redescubrimiento. A partir de ese momento, la Sociedad fue acogida y empezó a florecer.

Cuando se fundó la ST, sólo tenía un Objetivo declarado: «recoger y difundir el conocimiento de las leyes que rigen el universo».

Durante los años siguientes,

los Objetivos de la organización evolucionaron de uno a seis, a siete, a cuatro y, finalmente, a tres. Todas estas modificaciones en los Objetivos tuvieron lugar durante la vida de HPB. Sin embargo, cinco años después de su fallecimiento se produjo un cambio muy significativo. Consistió en intercambiar las posiciones de una palabra de tres letras por una de una sola letra en el Primer Objetivo. La redacción pasó de «formar *el* núcleo de *una* Fraternidad Universal» a «formar *un* núcleo de *la* Fraternidad Universal». Esta fue una transformación significativa que llevó a la ST desde unas tradiciones específicas y geográficamente locales a unas tradiciones globales, y desde unas tradiciones antiguas (específicas de una época) a la Sabiduría Eterna, e hizo posible su desarrollo en nuevas direcciones.

En el momento de su fundación, la Sociedad Teosófica era básicamente un club de hombres, una fraternidad, no muy diferente de los masones, el Rotary, los Caballeros de Colón, etc., compuesta exclusivamente por personas de ascendencia europea, y

unos pocos con linaje americano de una o dos generaciones. Aunque la intención de los fundadores iba dirigida hacia los ideales más elevados, el propio Olcott señaló que, al principio, muy pocos lo entendieron realmente. Dividió a quienes participaron en el nacimiento de la ST en dos grupos: los «Fundadores» (los que comprendían y aceptaban sus profundos propósitos), de los cuales había tres (HPB, Olcott y Judge), y los «Formadores», los dieciséis miembros originales restantes atraídos por un interés pasajero.

En la India, la Sociedad floreció y expandió su influencia a otras partes del mundo. HPB vivió en la India durante seis años. Los seis años restantes de su vida los pasó en Europa, estableciéndose finalmente en Londres, donde escribió las famosas obras que hoy son ampliamente reconocidas.

A pesar del fallecimiento de HPB, la Sociedad siguió prosperando. Se habían sentado las bases, pero surgió una nueva ola de liderazgo y atención. Annie Besant y C. W. Leadbeater (CWL)



desempeñaron un papel fundamental en esta nueva fase. Aunque el enfoque siguió centrándose en la Teosofía, se puso un nuevo énfasis en la investigación clarividente. La influencia de Annie Besant condujo a una mayor comprensión de la aplicación de verdades profundas a nuestra vida cotidiana y a los problemas sociales.

Un siglo después, los efectos de esa ola siguen sintiéndose. Annie Besant, C. W. Leadbeater y esa generación vivieron y fallecieron. Posteriormente, surgió una nueva generación de pensadores, entre los que destacan N. Sri Ram, J. Krishnamurti y Radha Burnier. En mi opinión, estas personas mantuvieron el enfoque central de la Teosofía tal y como había evolucionado y se había expandido, pero también aportaron una perspectiva fresca a nuestra comprensión de la misma. Pusieron un fuerte énfasis en la mente, su uso y su comprensión, reconociendo y abordando su potencial tanto de expansión como de limitación. Este enfoque fue fundamental para incorporar el elemento psicológico a la aplicación de la Teosofía.

Este contexto histórico es crucial para comprender nuestra situación actual. Cuando examinamos las condiciones y circunstancias de nuestro mundo, de nuevo hay que plantearse la pregunta: ¿qué hay de nuevo? Me vienen a la mente diversas condiciones. Un cambio notable y de gran impacto es la población mundial. En 1875, la población mundial era de poco más de mil millones. Hoy en día, ha superado los 8.000 millones, lo cual no tiene precedentes en la historia del planeta. Ocho mil millones de seres humanos, con sus

cuerpos, personalidades y hábitos de comportamiento, moviéndose por la Tierra e interactuando de la forma en que lo hacemos. Como estudiantes de la Sabiduría Eterna, sabemos que el nacimiento implica algo más que un cuerpo y una personalidad. El principio animador que habita en cada una de estos más de 8.000 millones de personas es lo que describiríamos como el alma.

Así pues, estamos viviendo un momento de la historia de la Tierra en el que se ha encarnado un número sin precedentes de almas. ¿Por qué? ¿Qué es lo que resulta tan atractivo de este momento concreto en el que vivimos?

Desde la perspectiva de la Sabiduría Eterna, una consecuencia de la afluencia masiva de almas es que hay almas en diversas etapas de desarrollo. Hay almas muy jóvenes cuyo pasado, karma y desarrollo requieren intensas experiencias físicas y emocionales, que ansían la emoción y la participación enérgica, que aún se están familiarizando con las herramientas que se necesitan para vivir a través de un cuerpo y una personalidad, y que se sienten atraídas por ejercer sus poderes de manera destructiva. También hay una afluencia de almas muy antiguas. Almas que no están aquí para destruir, sino para imaginar y construir el marco de una humanidad nueva y sostenible. Estas también están presentes y activas aquí, entre nosotros.

Parece que cada día las noticias nos traen informes de alguna nueva forma de destrucción o atrocidad. Y yo me pregunto: «¿Cómo se le ha podido ocurrir a alguien algo

tan destructivo y degradante?». Sin embargo, este tipo de cosas parecen repetirse continuamente. Lo que no sale en las noticias es algo como esta reunión, en la que un grupo de cientos de personas no solo participa en una meditación global, sino que comprende lo que está haciendo; personas capaces de aquietar la mente, de visualizarse a sí mismas como una conciencia que abraza el planeta, al margen del caos y el ruido, encarnando una conciencia de armonía y apertura e irradiándola por todo el planeta en su conjunto. No son tiempos oscuros; no son tiempos luminosos; vivimos en un momento de oscuridad y luz a la vez, y estamos inmersos en la elección del papel que hacemos en él. Desde mi punto de vista, es un momento maravilloso para la humanidad.

En medio de estas nuevas condiciones que nunca antes han existido, ¿qué hacemos? ¿Cómo podemos abordar este momento? El poeta William Wordsworth escribió: «Con el ojo aquietado por el poder de la armonía y el profundo poder del gozo, vemos la vida de las cosas». Cuando el ojo que se centra en las superficies se aquietta, surge una posibilidad más profunda, siempre presente, pero invisible para nosotros. El factor que trae esta quietud es el «poder de la armonía» y «el profundo poder del gozo».

Un músico contemporáneo tenía una estrofa en una de sus canciones que decía: «Jesús tomado en serio por muchos, Jesús tomado con alegría por unos pocos». Podríamos decir lo mismo de HPB o de los Maestros de la Sabiduría. Sinceramente, conozco a muchas personas cuya seriedad hacia

HPB oculta la alegría que alimentó toda su existencia. Esta pasa desapercibida. HPB no soportó toda una vida de penurias, traiciones y dolores físicos sólo para que su nombre apareciera en unos cuantos libros. No hubo recompensas tangibles por su trabajo. La recompensa fue el gozo profundo y duradero de una vida vinculada a lo que ella consideraba la obra de los Maestros.

En aras de la claridad, no queremos confundir el gozo con la felicidad. Ambos están relacionados, pero son cualitativamente diferentes. El gozo no es la felicidad, ni siquiera la felicidad extrema. La felicidad está estrechamente ligada al deseo. Se produce cuando nuestros deseos se apagan temporalmente. Por ejemplo, si quieres un helado, lo compras y te sientes feliz. Del mismo modo, si encuentras a tu pareja ideal, eres feliz, pero luego tenéis que vivir juntos. Con el apaciguamiento del deseo, en una condición temporal de ausencia de deseo, experimentamos la felicidad. Es un síntoma de otra cosa.

En el budismo, hay una práctica llamada las Cuatro Mentes Inmensurables, o los Brahma Viharas. Una de estas cuatro se refiere al gozo. Esta mente inmensurable es algo que podemos cultivar. Pero, «¿qué es el gozo?». Un ejemplo que se da para comunicar la naturaleza del gozo es el siguiente: imagina a una persona perdida en el desierto. Lleva un tiempo vagando en medio de la sequía y del calor y se está muriendo de sed. Mira hacia delante y ve un espejismo: un oasis con palmeras, sombra y manantiales de agua. Imagina el sentimiento que surge en esa persona.

El ejemplo pretende dar una idea de lo que se entiende por gozo. A pesar de que en realidad no hay ningún oasis, y a pesar de que la persona sedienta no ha bebido ni una gota de agua, surge un estado interno del ser, sin conexión con la satisfacción del deseo: una sensación de gozo. Este estado del ser está continuamente a nuestra disposición si aprendemos la forma de acceder a él.

El gozo, por su propia naturaleza, nos inspira, pero también nos abre a un nivel más profundo de visión, a una comprensión superior. Nos da acceso a un cierto tipo de guía: la dirección de la mente intuitiva o iluminada. Es magnético. Atrae hacia nosotros a quienes pueden reconocerlo y magnificarlo, y nos lleva hacia

quienes han encontrado la manera de arraigarse en esta mente gozosa. Es algo que se magnifica a sí mismo a través de los demás. Dondequiera que encontréis grupos de personas de este tipo, —personas que lo comprenden—, suceden cosas extraordinarias. Es contagioso: es la enfermedad que todos queremos contraer.

Estamos aquí para traer lo nuevo. La necesidad del momento, la necesidad del mundo y nuestra necesidad individual nos rodean en todo momento. El poder de la armonía y el profundo poder del gozo son lo que se requiere para una renovación de la humanidad.

The Theosophist. Febrero de 2026.

LA PUERTA DEL GOZO

Tim Boyd

Una de las ideas fundacionales de la Sociedad Teosófica (ST) es la de que «No hay religión más elevada que la Verdad». Es una idea que nos orienta en una determinada dirección: más allá de las formas que intentan atraernos y determinar nuestro camino, nos orienta hacia la Verdad misma. Las dificultades con las que nos encontramos entonces se deben al hecho de que no estamos preparados para abrazar una verdad que lo abarca todo. Tenemos que encontrar nuestro camino hacia ella, utilizando las herramientas que tenemos a nuestro alcance, siendo el instrumento principal del laboratorio de nuestra propia conciencia, con todos

sus poderes y todas sus limitaciones. En todas las tradiciones espirituales se hace mucho hincapié en el cultivo de las herramientas de la conciencia. Generalmente, el término que se utiliza para este proceso es «la práctica». La práctica se refiere a las diversas formas en que, partiendo de nuestra personalidad, refinamos los hábitos de la mente y las emociones para que dejen de ser obstáculos y se conviertan en ayudas para los aspectos más profundos y ocultos de nuestro ser.

Estamos familiarizados con la triple descripción de una práctica holística que consiste en el estudio,

la meditación y el servicio. El estudio tiende a ser el enfoque inicial para la mayoría de nosotros. Junto con el reconocimiento de la necesidad de alguna forma de práctica, viene la clara conciencia de que carecemos del nivel necesario de conocimiento. Básicamente, en nuestras etapas iniciales, aunque podamos tener una idea de la dirección general que debemos seguir, necesitamos más detalles. En cierto nivel de conciencia, sabemos que la Verdad no puede ser captada por la mente o su intelecto, pero al principio de nuestro desarrollo, los conceptos, las ideas y la información sobre las cosas internas tienen una función. Estimulan la mente y nos ayudan a descubrir una forma diferente de experimentar esta herramienta. Como el pescador, lanzamos una red de pensamientos al mar en lo que creemos que es la dirección de la Verdad, con la esperanza de haber capturado algo cuando la sacamos del agua. Y lo hacemos, pero como lo que buscamos es el océano mismo, en última instancia debemos abandonar el intelecto como ayuda principal en este proceso. Ningún sistema de pensamiento está a la altura de la tarea.

He visto vídeos de cacerías de tigres en los que un gran grupo de personas rodea la zona del bosque donde reside el tigre. Todos ellos tienen sartenes o tambores que golpean, haciendo un ruido muy fuerte. Lentamente, todos caminan hacia el centro del círculo, conduciendo al tigre, aún invisible, hacia el lugar donde será capturado. Esto no es tan diferente de nuestro enfoque del estudio de la Verdad. Creemos que la hemos rodeado con nuestro conocimiento y que nuestro pensamiento y estudio

han cerrado cualquier vía de escape, permitiéndonos capturar a la bestia salvaje e ilusoria de la verdad. Puede que funcione con los tigres, pero la Verdad es un animal diferente.

La meditación es diferente porque implica despojarse de los pensamientos y conceptos que deleitan nuestra mente, pero oscurecen nuestra visión. Esto tiene lugar en niveles cada vez más profundos. Cualquiera que haya pasado suficiente tiempo experimentando con la meditación puede reconocer que lo que comenzó como «meditación» para ellos ha ido cambiando con el tiempo. Lo mismo debería ocurrir con el estudio. Hay una progresión jerárquica que puede tener lugar dentro de nosotros.

Muchas personas comienzan su práctica de meditación sentándose en las posturas que otros les han prescrito —piernas cruzadas, ojos cerrados, respiración fluida y sin esfuerzo, manos juntas o en mudras específicos— y encuentran que es algo relajante para el cuerpo. Con la relajación del cuerpo, la mente puede parecer menos turbulenta. Si se practica correctamente, la experimentación continua conduce gradualmente a nuevos niveles de tranquilidad y a una nueva calidad de pensamiento inesperada. Exteriormente, uno está sentado y respirando de la misma manera que antes, pero ya no es lo mismo.

A medida que las diversas formas de nuestra práctica se van refinando cada vez más, nuestro acceso a niveles cada vez más profundos de experiencia interior cambia. Los auténticos guías y maestros espirituales intentan

orientarnos en esa dirección. Como novatos, o personas cuyo ojo interior se está abriendo desde hace poco, no tenemos ni idea de adónde nos puede llevar este camino, pero los guías y maestros sí lo saben. Por mucho que intentemos que nos lo expliquen o se comuniquen con nosotros de la forma que queremos, siempre intentan llevarnos a un nivel de experiencia real, más allá de las ideas, las palabras y las experiencias superficiales que anhelamos.

Aunque la clarividencia no debe considerarse como un indicio de crecimiento espiritual, en las manos adecuadas puede ser útil, como lo es un taladro o un destornillador para el carpintero. C. W. Leadbeater no nació clarividente. Se interesó por el movimiento teosófico debido al espiritismo, que en su época era un movimiento de gran interés popular. Su profunda implicación en la ST comenzó en Inglaterra y continuó cuando llegó a Adyar con H. P. Blavatsky (HPB) para trabajar en la incipiente sociedad. Mientras vivía en Adyar, en el River Bungalow adyacente al edificio de la sede de la ST, durante un período de 42 días realizó un profundo progreso que le llevó a la clarividencia, algo que caracterizó el resto de su vida. Según él mismo cuenta, su maestro le ayudó durante ese periodo a inclinar la balanza y pasar a un nivel diferente de visión.

Annie Besant es famosa por muchas cosas, su activismo social, su oratoria y sus escritos, su profundo conocimiento de los asuntos espirituales, pero también por su clarividencia. Sus contribuciones al libro *Formas de Pensamiento y La Química Oculta*

siguen influyendo hoy en día en artistas y líderes intelectuales. Pero en el momento en que conoció a HPB, ese nivel de visión estaba completamente inactivo en ella. En una carta que HPB escribió a W. Q. Judge, dice, refiriéndose a Annie Besant, que «no es psíquica ni espiritual en lo más mínimo, es todo intelecto...». Pero continúa diciendo: «... y, sin embargo, oye la voz del Maestro cuando está sola, ve su Luz y reconoce su Voz». Su profunda devoción y valentía, combinadas con su refinado intelecto, allanaron el camino para su rápido desarrollo.

El ejemplo de estas dos figuras prominentes en la historia de la ST no se refiere únicamente a la clarividencia. Señala cómo ciertos aspectos desarrollados de la conciencia, cuando se combinan con otros procesos y cualidades, pueden conducir a nuevos horizontes de visión y experiencia. Aunque pueda parecer extraño, tomemos el ejemplo del arroz. El arroz es el alimento básico de más de la mitad de la población mundial. Pero cuando se cosecha, el arroz no es comestible. El sistema digestivo humano no puede descomponerlo para proporcionar una nutrición utilizable. De hecho, si lo comes, enfermarás. Combina el arroz con agua, con calor y con el tiempo adecuado, y se convierte en el alimento sustentador de la población mundial. Se produce una transformación, pero requiere un proceso específico. Ya sea el arroz o la conciencia humana, el proceso comienza con la disposición de la sustancia a ser transformada. Si aún no está madura, no surgirá nada de valor.

En muchas de las tradiciones

espirituales del mundo, estos procesos están muy codificados y ritualizados. En el budismo tibetano, las cuatro escuelas principales incorporan el Tantra, el Vajrayana, como enfoque central para acelerar el proceso de la iluminación. Un marco esencial para las enseñanzas es el Lamrim, o etapas del camino, que tiene por objeto dirigirse a los practicantes en su etapa específica de desarrollo. Comienza centrándose en la purificación. La visión es más amplia que la mera pureza física o corporal, va dirigida a la trinidad de «cuerpo, palabra y mente». Los cuatro tantras son jerárquicos, comenzando con la Purificación o Acción (*kriya*), y progresando a través del Método o Realización (*charya*), hasta la Unión (*yoga*) y, finalmente, al Tantra Yoga Supremo (*anuttarayoga*). Las etapas pasan de la práctica y la conciencia externas a otras cada vez más internas.

La cosmología budista tibetana abarca una serie de «Familias de Buda», agrupaciones de seres iluminados interrelacionados. A diferencia de otros tantras en los que se presenta al practicante a la deidad y sus prácticas relacionadas, en la práctica del tantra más elevado el practicante realmente «surge» como el ser iluminado. Por supuesto, en sus etapas iniciales se trata de un acto de imaginación, en el que uno se imagina a sí mismo poseyendo todo el poder del ser iluminado, sus energías compasivas y su capacidad ilimitada para sanar y bendecir. Al igual que el «Diagrama de la meditación» de HPB, en el que «el estado normal de nuestra conciencia debe ser moldeado» por la atención meditativa a las condiciones elevadas de la conciencia —las «Adquisiciones»— que conducen a la conciencia estable de que «yo soy todo el espacio y el tiempo», este Tantra Supremo llega a



la misma cima de la conciencia por un camino diferente.

Una de las comprensiones esenciales de muchas tradiciones espirituales se basa en la simple observación de que todos los seres quieren la felicidad. Todo el mundo la quiere y se comporta de manera calculada para alcanzarla. Aunque, sin saberlo, nuestros intentos por alcanzar la felicidad a menudo resultan en un aumento de la miseria y la angustia, pero no es porque no lo intentemos. El reto es que la felicidad no es sostenible, por una razón. Es el resultado de otra cosa. Una forma de expresarlo es que la felicidad es un síntoma del cese del deseo. Debido a que nuestros deseos son incesantes y cambiantes, la felicidad es momentánea. Tenemos el deseo de tomar un helado, comprar un coche nuevo, tener una cita con alguien que nos gusta, etc.; lo conseguimos; con el cese de la presión de ese deseo, se revela una felicidad subyacente. Ya no nos sentimos empujados a perseguir la siguiente cosa. Es como las olas de un lago azotado por el viento que se calman, hasta que sopla el siguiente viento. Esos momentos de ausencia de deseo apuntan hacia una experiencia más profunda, iniciada por uno mismo, más allá de la fuerza de voluntad, el control y la represión.

Hay algo que supera a la felicidad, algo que muchos equiparan con ella, pero que es cualitativamente diferente: el gozo. Aunque la felicidad a veces acompaña al gozo, otras veces no es así. Recientemente asistí al funeral de una amiga que falleció inesperadamente. Era una de esas personas «luminosas», cuya actividad, compromiso, humor, amor por la belleza y forma de vivir,

contagiaban una sensación de ligereza cuando estabas cerca de ella. Durante el funeral en conmemoración de su vida, me invadió una abrumadora sensación de gozo por la conexión con la vida que había vivido y la energía que había aportado al mundo. Pero no había felicidad. De hecho, había una intensa tristeza por la conexión que ahora se había roto. Ciertamente, la Sabiduría Eterna asegura que ningún vínculo se pierde, y que todo permanece en niveles más profundos, pero a nivel personal hay una sensación de finalidad. No nos sentaremos a cenar, a reír, a hablar. Así que hay gozo, pero no felicidad. Las dos cosas comparten similitudes, pero no son lo mismo.

El ejemplo que se suele dar sobre la naturaleza del gozo es el de un hombre perdido en el desierto, muriéndose de sed. A lo lejos ve un oasis con árboles y agua pura que fluye. Es un espejismo, pero a pesar de la irrealidad de la visión, a pesar de que aún no ha bebido ni una gota de agua, el estado en el que se encuentra es de gozo. El gozo no es la felicidad extrema y no se ve afectada por la presencia o ausencia del deseo. Es un estado que es independiente de factores externos, continuamente disponible para aquellos que pueden «verlo». Es una puerta de entrada a la visión y las cualidades del alma. Para la visión sin obstáculos del alma, el gozo lo impregna todo.

Cualquier experiencia de gozo es una evocación del alma. En la espiritualidad hindú, el gozo más elevado, Ananda, es liberador. Nos aleja de la preocupación constante por el yo y de la esclavitud a sus exigencias de satisfacción. Nos fusiona con la conciencia universal: Sat-Chit-Ananda,

Realidad-Conciencia-Gozo. Incluso los encuentros menos impactantes con el gozo cambian las cosas. El deleite que nos abre a la experiencia de la plenitud, de la conciencia ilimitada y expansiva, altera nuestra forma de ver el mundo. La experiencia del gozo es espiritual en el sentido de que nos conecta con un «todo más amplio» y nos abre a la participación del alma en nuestras vidas. Al estar arraigada en la plenitud, tiene un efecto globalizador en nuestra forma de ver las cosas. Nos aleja del enfoque personal de «ojalá pueda alcanzar la iluminación» y nos lleva al universal de «ojalá pueda alcanzar la iluminación en beneficio de todos los seres».

J. Krishnamurti se negaba a hablar en términos jerárquicos. Hablaba desde la cima de la visión unitaria y no la diluía con un enfoque gradual. Para él, existía una Verdad «sin caminos», y luego estaba nuestra «pequeña mente bestial» que impedía el acceso a esa Verdad. En sus numerosas conversaciones con científicos y representantes de tradiciones espirituales y religiosas, señalaba los peligros de quedar atrapado en la tradición; las limitaciones de la adhesión a los rituales, las técnicas, los métodos, los «ismos» y los enfoques del tipo «cómo hacer para...» para alcanzar la verdad. La práctica, tal y como se concibe normalmente, no era algo que él defendiera, no porque fuera ineficaz, sino por su capacidad para distraer de lo que él consideraba la verdadera necesidad de ver claramente el funcionamiento de la mente condicionada. Aunque su vida dedicada a la enseñanza influyó en muchas personas de todo el mundo, hacia el final afirmó que nadie había

comprendido plenamente lo que él intentaba compartir.

La práctica espiritual, como cualquier actividad que se realiza a través de una mente condicionada, a menudo se ve desviada por una adhesión demasiado estricta a tradiciones antiguas que, con el paso del tiempo, han ido añadiendo ceremonias, rituales y creencias que enmascaran su esencia. Aunque su objetivo es descubrir niveles cada vez más profundos de conciencia y experiencia interior, la práctica de cada uno está sujeta a muchos factores. La paradoja es que la práctica no garantiza la profundidad de la experiencia espiritual, sino que garantiza la posibilidad. Es bastante parecido a lo que ocurre con una semilla o un huevo porque, sin la combinación completa de una serie de factores, no todas las semillas cobran vida y dan fruto, ni todos los pajaritos salen del cascarón. En el caso del huevo, si la humedad es demasiado baja o demasiado alta en los últimos días antes de la eclosión, si la temperatura es demasiado baja o demasiado alta, si la ventilación es inadecuada, si el polluelo dentro del huevo no está correctamente colocado, si se agota o se debilita demasiado como para picotear el cascarón, perece. Algunos han dicho que la rara experiencia de la iluminación es un accidente, pero la práctica nos hace más propensos a los accidentes.

La iluminación podría describirse como la cima de la experiencia humana, y aunque muchos se dirigen en esa dirección, pocos, en cualquier generación, la alcanzan. A falta de la experiencia más elevada de la

iluminación, la práctica provoca el desarrollo del equilibrio, la ecuanimidad, la autodisciplina, la perseverancia, la tranquilidad y una serie de otras cualidades que nos acercan cada vez más a la experiencia profunda. Una de las prácticas asociadas con el gozo deriva de la palabra sánscrita o pali para el gozo como un «estado sublime e incommensurable» —*Muditā*— que significa «gozo compasivo o vicario». Como práctica, implica sintonizar con el gozo reconociéndolo en los demás y celebrándolo. Reconocemos lo bueno, los éxitos, la felicidad, la amabilidad, la generosidad y la iluminación de los amigos, la familia y otras personas, y nos regocijamos por ello. Es un entrenamiento personal en una sensibilidad refinada que podría describirse como un enfoque cada vez más profundo de la gratitud, que implica no sólo el reconocimiento y el aprecio, sino también la estimulación en nosotros mismos de un gozo correspondiente. También nos empodera para formar un deseo potente y radiante de que todas las personas, todos los seres, puedan tener ese mismo gozo, y pone en marcha un círculo virtuoso.

Estamos familiarizados con el proceso. Aunque la práctica del gozo solidario sea opuesta en su naturaleza y resultado, el método es el mismo que el empleado en los chismes. Los chismes implican un entrenamiento personal para ver e identificar los defectos de los demás. En esta práctica opuesta, los defectos y las deficiencias de quienes nos rodean se señalan, examinan, magnifican y celebran con otros en sesiones ritualizadas de chismorreos que invitan a otros a añadir más ingredientes al guiso que se cocina

en ese caldero de mal uso mental. Con la práctica, la sensibilidad de uno hacia las deficiencias y los defectos de los demás se vuelve tan aguda y arraigada que es casi instintiva, es decir, que opera por debajo del nivel de la conciencia y el control consciente. Nos convertimos en aquello a lo que prestamos atención. ¿Y qué aporta el chisme al mundo? Sin duda, genera desconfianza, así como aislamiento y separación; una forma de felicidad inferior y extremadamente temporal que requiere un reabastecimiento constante con aportaciones nuevas o recién exageradas.

Es exactamente el mismo proceso e igualmente exitoso cuando se centra en el gozo. La diferencia fundamental, por supuesto, es el efecto moldeador que tiene sobre nosotros mismos y nuestro entorno. El gozo es atractivo, magnético, realmente. Atrae hacia nosotros a quienes tienen una naturaleza alegre y nos acerca a la órbita de aquellos cuya profundidad de gozo excede a la nuestra. Es transformador en el sentido de que quienes viven en su atmósfera cambian de manera profunda y duradera. Es clarificadora y holística; empoderadora; nos ayuda a escuchar, ver y participar en los patrones ocultos de la vida, a unirnos sin esfuerzo a su flujo, a su danza.

El gran científico, erudito y sacerdote Teilhard de Chardin afirmó: «El gozo es el signo infalible de la presencia de Dios». Creo que tenía razón.

The Theosophist. Marzo 2026.

CARTAS DE BLAVATSKY

Carta 235. Bombay, 1 de marzo de 1882

[Al príncipe A. M. Dondukov-Korsakov]

No tengo nada que ocultar. Entre la Blavatsky de 1845-1865 y la Blavatsky de los años 1865-1882 hay un abismo insalvable. Si esta última busca apagar a la primera, es más por el bien del honor humano que por el suyo propio. Entre la primera y la última se encuentran Cristo y todos los ángeles celestiales y (junto a) la Santísima Virgen, y tras la última está Buda con su Nirvana y la amarga y fría concepción del triste y ridículo *fiasco* de la creación del primer hombre *a imagen y semejanza* de Dios. La primera debería haber sido aniquilada incluso antes de 1865, y eso en nombre de la humanidad capaz de producir en el mundo una curiosidad tan demencial. En cuanto a la última, se sacrifica, pues la *primera* creía y rezaba, pensando que con sus oraciones sus pecados serían perdonados, poniendo su esperanza en la *non compos mentis* [«no en pleno uso de sus facultades mentales»] de la humanidad en su conjunto, en la locura común que es el resultado de la civilización y la sociedad culta; y la segunda cree sólo en la negación de su propia personalidad en su forma humana, y que el fin de todo es el Nirvana, donde ni la oración ni la fe en una abstracción pueden ayudar, ya que todo depende de nuestro karma

(mérito o demérito personal) ...

Quizá haya usted oído —o quizá no haya prestado atención al rumor— que mi bisabuelo por parte de madre, el príncipe Paul Vasilyevitch Dolgorouki, tenía una extraña biblioteca que contenía cientos de libros sobre alquimia, magia y otras ciencias ocultas. Yo había devorado esos volúmenes antes de cumplir los 15 años. Todas las diablerías de la Edad Media habían encontrado refugio en mi cabeza y pronto ni Paracelso, ni Khunrath, ni C. Agrippa habrían tenido nada que enseñarme. Todos ellos hablaban del «matrimonio de la Virgen Roja con el Hierofante», y del del «mineral astral con la Sibila», de la combinación de los principios femenino y masculino en ciertas operaciones alquímicas y mágicas. ¿Sabe por qué me casé con el viejo Blavatsky? Porque mientras todos los jóvenes se reían de las supersticiones «mágicas», ¡él creía en ellas! Me había hablado tantas veces de los hechiceros de Yerivan, de las ciencias misteriosas de los kurdos y los persas, que lo acepté para utilizarlo como llave maestra de estas últimas. Pero... *nunca fui su esposa*, lo juro por la misma hora de mi muerte. NUNCA he sido la «esposa Blavatsky», aunque viví un año bajo su techo. Tampoco he sido esposa de nadie, como han pretendido las malas lenguas, pues estuve unos diez meses en busca del «mineral astral» que debía tener la «Virgen roja» pura y entera, pero no encontré ese *mineral*. Lo que yo quería y buscaba era el sutil

magnetismo que intercambiamos, la «sal» humana, y el padre Blavatsky no la tenía; y para encontrarla y obtenerla, ¡estaba dispuesta a sacrificarme, a *deshonrarme*! Aquello no le parecía bien al anciano, de ahí las discusiones, casi peleas, hasta que escapé de él y vine a Tiflis desde Yerivan —*a caballo*— donde me escondí con mi abuela. Juré que me suicidaría si me obligaban a volver con él. ¡Ah! ¡Qué pena que no me dejaran hacer lo que deseaba! Casada en la primavera de 1848, en el mes de febrero (o enero) de 1849 seguía en busca de mi «sal» y del «mineral» humano y —*la «Virgen» seguía allí* en el pleno sentido de la palabra, mientras que todo ese tiempo la gente destrozaba mi reputación en Tiflis!

Carta 293. Adyar, 1 de junio de 1883

[A D. A. Courmes]

Usted es capaz de imaginarse lo que es la *Vida Una*. La ha definido *maravillosamente bien*. Es precisamente eso —«Dios en el Universo»— donde todo lo que es ha existido siempre y permanecerá eternamente, no como forma, ya que esta cambia a cada momento, sino como sustancia; esta última, *una e indivisible*, desde el átomo mineral hasta el *Deva* más elevado, se resuelve en Parabrahm. Espíritu o polo superior, *materia* o polo opuesto. Lo manifestado y lo no manifestado, lo temporal y lo Eterno. No reconocemos la materia inorgánica. Cada átomo tiene su chispa divina y es una partícula de *espíritu* o, por así decirlo, de *divinidad petrificada*. La esencia es una, pero las condiciones cambian. Tomemos, por ejemplo, el sonido; tocad o imaginad la nota más

melodiosa que existe por sí misma en la eternidad; esta nota resuena para siempre como ella misma, inmaculada y melodiosa; ya sea que se encuentre encerrada en un hermoso piano o violín, donde las condiciones son favorables para ella, o que quede libre, rodeada de condiciones naturales, en un bosque por ejemplo, el resultado es una melodía. Pero si queda atrapada en un viejo instrumento destartado, incluso bajo los dedos más hábiles no resultaría más que una cacofonía, una terrible discordancia.

Bueno, ya me comprenderá; me cuesta mucho expresarme en francés. Pero veo que usted comprende la verdad a la perfección y *su intuición es admirable*. ¡Es usted budista!

Carta 294. Adyar, Madrás. 23 de junio de 1883

[A Nikolái Petrovich Wagner]

¿Por qué dimos un «giro de 180 grados», el coronel y yo? Porque nos lo dijeron *aquellos en quienes creemos* más que en nosotros mismos: «o predicáis la verdad, o adiós». Sé que Alexander Nikoláievich *no cree* en esto más que en dos tercios. Pero si él reflexiona un poco, y usted también, ¿qué ganamos yendo contra el mundo entero? Contra los espiritistas, los deístas, los creyentes y los escépticos, contra «el dios y el diablo», como dice el proverbio. ¿No sería mil veces más fácil seguir la misma vieja senda, abriendo sólo nuevos caminos discretos? ¿Cuál es mi beneficio, cuál es mi recompensa? Que todas las revistas anglo-indias me tildaran de aventurera, mentirosa, espía rusa, etc., etc., y que las revistas espiritistas hicieran lo mismo si no me



tuvieran miedo. Algunas americanas, de hecho, dijeron todas esas cosas sobre mí. Mire cuánto me respetaban en Estados Unidos al principio, cuando no conocían mi verdadera cara. Y desde el día en que se fundó la Sociedad, todo se puso patas arriba. No ha seguido usted esta historia, no sabe cuánto sufrimos por la verdad. Alexander Nikoláievich tampoco cree en Morya, ni en «el Mahatma Kuthumi». Está equivocado. Ambos son personas reales, muchos los conocieron personalmente en la India, especialmente al primero. Vino a Bombay, y Olcott lo vio al menos veinte veces en su propio cuerpo, no en uno *astral*. Lo conozco desde 1853, y si le hubiera hecho caso, ahora no estaría tan afligida, estaría viviendo como toda la gente corriente. ¿Sabe por qué no le creí? Porque creía firmemente en un dios antropomórfico y no en una Esencia Divina, en el *Espíritu Santo* (el nuestro, no el vuestro), como lo hago ahora. ¿Me llaman atea? Pues bien, respondo que solía ser mucho peor que una atea, fui una idólatra hasta los 30 años, mientras creía en cosas en las que todo el mundo cree. Ahora sí que creo —*porque lo sé* y no tengo miedo a morir, espero la muerte como una liberación. Y Olcott cree en lo mismo que yo, porque hemos tomado el mismo camino. No «saltamos de una creencia a otra», simplemente decidimos quitarnos la máscara en la que creíamos antes. Habiendo

aprendido *la verdad* y toda la verdad, sin sombra de duda, decidimos dejar de mentir a la gente, así como a nuestra propia conciencia. Es un pecado culpar al pobre Olcott —especialmente a él, que lo dio *todo* y lo perdió *todo* por la verdad—: su patria, sus hijos, el respeto de todos sus familiares y de la sociedad, que lo ven como un entusiasta loco que *literalmente* se volvió *pobre* y *ascético* y vive de un poco de arroz y leche. Así que digo que es un pecado culparlo sin escuchar la verdad. Podéis tratarme como queráis: *me lo merecía en mi pasado*. Pero ahora, los espíritus puros, en los que creo y que sé que existen, ven que sirvo *a la verdad* y sólo a la verdad; y si mañana tuviera que arder en la hoguera, estoy preparada.

Y ahora, tal vez debería usted informarse sobre aquello en lo que creemos, aunque respetamos la fe de los demás —crean lo que crean— y no nos metemos en ello. No nos consideramos infalibles, y sabemos que hay muchas, muchas cosas, que ni nosotros, ni nuestros *adeptos* del Himalaya (como ellos mismos se consideran) podemos saber, porque ninguno de ellos —ni siquiera los espíritus planetarios más elevados o los Arcángeles, como usted los llamaría— puede ver más allá del velo de *nuestro sistema solar*; por eso no dogmatizamos. Las cosas que sabemos, *las sabemos con certeza* por nuestra propia experiencia, pero nunca imponemos este conocimiento a los demás. ¿Para qué? Un hombre sólo puede creer hasta donde le permiten sus capacidades intelectuales, nada más. Si fuera posible analizar nuestros sentimientos psíquicos con la misma facilidad que nuestro cerebro tras la muerte, no habría dos personas

creyendo en algo de la misma manera. Lo que para mí es verdad puede ser un error para otro *y viceversa*. No tengo ningún derecho a predicar mis propias creencias como si fueran axiomas matemáticamente demostrados. Absolutamente ninguno. Por eso estoy de acuerdo con usted cuando dice que puedo estar equivocada. Sin duda puedo estarlo, pero no ante mi propia conciencia y no cuando hablo de cosas que para mí son claras como el agua. Pero usted sigue haciendo preguntas, pide que le *illumine*. Me niego a hacer esto último, pero estoy dispuesta a contarle todo lo que se me permite decir en *The Theosophist*: estoy a su disposición.

Dividimos al ser humano en tres partes principales: una física, una semi material y otra puramente espiritual; eso significa que creemos en un *Ego* divino e inmortal. Esta *trinidad* se subdivide en *siete* elementos (es demasiado largo de explicar y entrar en detalles metafísicos). Usted es un científico y debería saber que todo lo que es objetivo en el mundo tiene tres *aspectos*; y todo lo que es subjetivo, cuatro (la tetraktys de Pitágoras). Le pondré ejemplos con los que estará más familiarizado, del misticismo y la filosofía griegos, ya que no estudió usted el esoterismo budista ni el brahmánico. En lugar de reírse, sin entender de qué se trata, como hizo Mendeleev, debería haber intentado comprender lo que entendemos por el «absurdo» de la cuadratura del círculo. Es el mayor misterio, *la solution de ce problème* [“la solución a este problema”] y es lo único en el mundo mental capaz de demostrar a cualquiera en el mundo que el espíritu es inmortal y que hay un dios —y no es *extra* cósmico, pero está

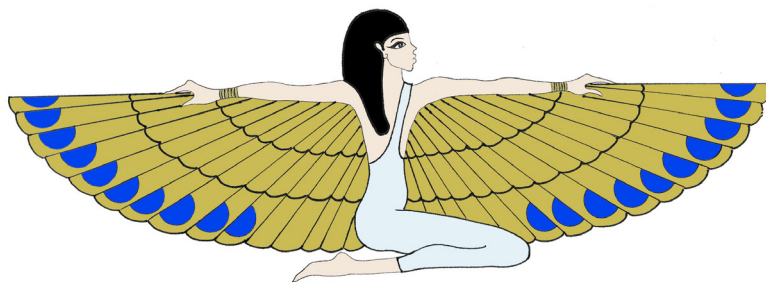
fuera de nosotros mismos— llámesele Cristo, Krishna, Avalokitesvara, *Logos* —*Verbo*— lo que sea, todo es lo mismo. ¿Ha visto alguien alguna vez a Dios *fuera* de sí mismo? Vuestra ciencia nunca llegará al gran misterio: solo la «cuadratura del círculo» puede hacerles enfrentar la «Única Verdad» en la práctica (por supuesto, en el sentido psíquico). Dividimos la materia en siete —no sé cómo lo llaman ustedes en la ciencia rusa, perdone mi ignorancia— siete estados o condiciones. Siempre se han reconocido tres de ellos; el cuarto —«la materia radiante»— fue descubierto por Crookes. Quedan tres. Busquen, y hallaran. Creemos que la síntesis de todo es el *Uno*. Es universal, omnipresente, increado y eterno, sin principio ni fin; de él emanan siete rayos. La ciencia lo confirma en el espectro: un rayo blanco, y seis y siete que parten de él. Espíritu y materia: lo mismo. El espíritu pertenece a la séptima clase: *más allá* de la materia cósmica. Sólo hay materia *manifestada* y *no manifestada*...

Por eso, al creer en el Ego espiritual (*puramente* espiritual), en «el hijo en el padre y el padre en el hijo», nombramos al «espíritu» según este único principio. El alma espiritual de la persona es inseparable de ella; pero para que la *personalidad* de la persona, su Yo terrenal (es decir, el suyo —el del profesor Wagner— o el mío), se fusione con la mónada espiritual y se transfiera a la eternidad —al adobe de los espíritus puros—, hay que desarrollar en uno mismo, es decir, en el Yo animal, la mente y la conciencia de la propia personalidad —le *moi conscient* [«el yo consciente»], la conciencia *espiritual*, no sólo la animal. Esta alma espiritual, *l'âme spirituelle* [«el alma

espiritual)], es como un hilo sin fin, un rayo formador durante los ciclos o períodos de una vida consciente, que pasa de una personalidad (terrenal) a otra. Las personalidades, como perlas, una tras otra, se ensartan en él (reencarnación). En el momento de la muerte de la persona física, su cuerpo, su esencia animal y su primera envoltura etérea regresan cada uno a su elemento. Quedan cuatro principios: 1. Alma animal. 2. Conciencia de la propia personalidad, es decir, la de Pedro o la de Iván, —o Mente. 3. Alma espiritual y 4. Espíritu —que se diferencia de la Esencia Primordial únicamente en que está manifestado, mientras que la Esencia es un espíritu no manifestado. Pasarán miles de años entre cada nueva materialización y la anterior... Este tiempo puede ser gratificante o punitivo para el alma. Creemos en el *karma*, es decir, en las consecuencias de cada acción, ya sea buena o mala. Cada palabra y cada pensamiento dejan una huella en la eternidad. Solo hay una ley en la naturaleza, es inviolable, y esta ley es Dios. Supongamos que el Yo animal generó en sí mismo suficiente Karma *espiritual* (por ejemplo, el Amor, un sentimiento inmortal y el más espiritual). El alma espiritual, junto con el espíritu vivificante, se llena,

se colma de la esencia de todos los sentimientos *personales* inherentes al *ego* animal, y se separa de la envoltura terrenal semi etérea del alma animal y del ego material terrenal, y parte hacia regiones puramente espirituales...

Ahora bien, mientras el alma pura, el *Ego* espiritual, partió hacia las regiones espirituales (no es un lugar, es *une condition, un état* [«una condición, un estado»]), sólo queda un *caparazón* en el mundo de las formas: lo que los griegos llamaban αἴδης [«Hades»]. Este caparazón es el sedimento del *Ego* terrestre que sobrevive al cuerpo, pero cuando queda desprovisto del espíritu vivificante, *no puede* llamarse «espíritu». Estas sombras son vuestros *kikimory materializados*, vampiros, que succionan de los médiums los jugos que necesitan para esta vida artificial, utilizando el cerebro y la memoria tanto del médium como de todos los que le rodean. Esta «*corriente* de mediumnidad» —de la que Mendeleev y Tindal no tienen ni idea—: la electricidad de un ser vivo influye en el caparazón de la persona fallecida como una pila galvánica influye en un cadáver. Ni el «espíritu» ni el médium tienen la culpa. El primero actúa inconscientemente, instintivamente, y el segundo es irresponsable.



LA TEOSOFÍA Y LA VIDA PRÁCTICA

Danielle Audoin

Se nos ha enseñado que la Teosofía es un arte de vivir. Pero, ¿qué es un arte de vivir?

La expresión, si se malinterpreta, puede dar lugar a confusión. Y quizá sea precisamente porque no hemos reflexionado lo suficiente sobre su verdadero significado por lo que nos resulta tan difícil conciliar la Teosofía con la vida práctica.

Siempre ha habido, en todo el mundo y en todas las épocas de la historia, hombres que han propuesto a sus hermanos modos de vida que, según ellos, debían proporcionar infaliblemente la felicidad: un entorno particular, otra forma de alimentarse o de vestirse, una concepción diferente de la comodidad, de la noción de propiedad, etc... En todos los casos, se trata de cambiar las condiciones de vida que se consideran responsables de todas las miserias y de todos los sufrimientos que abruman a la humanidad. Todos los sistemas políticos se basan en esta convicción de que un cambio de lo que llamamos sociedad, es decir, las instituciones, las leyes, los hábitos de vida, es necesario y suficiente para aportar a los hombres la paz y la felicidad. Algunos sistemas idealistas que abogan, por ejemplo, por el retorno a la vida en la naturaleza, que rechazan el progreso técnico, parten de esa misma convicción, aunque sus propuestas parezcan completamente

opuestas a las de los políticos. Tanto en un caso como en el otro, se espera que el remedio venga de fuera. Cambiemos el “escenario”, dicen, y todo irá bien. Transformemos el entorno y todos los hombres serán felices. Desde que el mundo es mundo, los sistemas se han sucedido unos a otros y los hombres siguen enfrentándose a los mismos problemas, a los mismos conflictos, a los mismos sufrimientos.

Lo que propone la Teosofía es totalmente diferente: se trata de una transformación del propio hombre, transformación que puede y debe operarse en el entorno que le es propio, sin necesidad de un «escenario» particular. Por lo tanto, cuando decimos que la Teosofía es un Arte de Vivir, que puede aportarnos un poco más de serenidad y felicidad, debemos ser muy conscientes de que su práctica es independiente de las condiciones en las que vivimos. La aplicación de la Teosofía en la vida práctica no depende de las circunstancias externas y no tiene necesariamente el efecto de modificar dichas circunstancias externas. Esto debería entenderse muy claramente y parece que no siempre es así.

Cuando decimos, por ejemplo: «*Si no tuviera un trabajo tan absorbente, podría vivir más plenamente la Teosofía*», o bien: «*Si mi entorno familiar fuera más comprensivo...*», *si mi salud fuera mejor,*

podría intentar vivir verdaderamente la Teosofía; cuando hablamos así, parecemos indicar claramente que la práctica de la Teosofía depende para nosotros de una serie de condiciones externas, de un mínimo de tiempo, de recursos materiales, de salud, de soledad o de silencio... en definitiva, que es difícilmente compatible con las exigencias de la vida moderna.

Y si intentamos introducir un poco de Teosofía, un poco de lo que hemos comprendido de ella, en nuestra vida práctica, esperamos, más o menos conscientemente, la desaparición de todas las dificultades, una salud a toda prueba y una especie de protección Divina que nos mantenga a salvo de accidentes, catástrofes naturales u otras cosas.

Y como esto no ocurre, empezamos a dudar del valor práctico de las enseñanzas teosóficas. Y, tanto en un

caso como en el otro, llegamos a la conclusión de que, tal y como están las cosas, la Teosofía es para nosotros una bonita teoría capaz de aportar algunas explicaciones satisfactorias y un cierto consuelo en las pruebas, siempre que el golpe no sea demasiado duro... Y esperamos que una próxima encarnación nos haga renacer en una familia espiritual, preferiblemente en la India..., para que todas las condiciones sean propicias para empezar a ponerla en práctica.

Es decir que para nosotros existe una estrecha relación entre las circunstancias externas y la práctica de la Teosofía. Pensamos que, en primer lugar, el entorno condiciona la práctica y, a continuación, la práctica condiciona el entorno. Y son dos ideas erróneas de las que hay que liberarse absolutamente, aunque nos negamos a ello y buscamos huir de esta vida práctica ligada a los mundos



inferiores para poder dedicarnos a lo que llamamos un «ejercicio espiritual».

Sin embargo, también se nos enseña que todo es Divino, que no hay nada en la manifestación, desde los planos más sutiles hasta los más densos, nada que no sea Divino. Llevar una vida espiritual es despertar a lo Divino. Mientras vivamos en nuestros vehículos inferiores, nos resulta muy difícil, por no decir imposible, tomar conciencia de lo Divino como Absoluto, pero es posible —no digo que sea fácil, pero es posible— tomar conciencia de la Omnipresencia de lo Divino.

El mundo en el que vivimos es irreal en el sentido de que no tiene vida por sí mismo, de que es sólo una emanación del Absoluto. Pero si lo rechazamos, rechazamos el medio más inmediato que tenemos a nuestra disposición para despertar a lo Divino. Hay mundos que son sólo Divinos, pero no hay mundos que sean sólo físicos, pues lo Divino lo impregna todo, ES todo, y esa es la gran lección de una enseñanza espiritual auténtica, esa es la gran lección de la Teosofía.

Existe una espiritualidad a la vez difícil y peligrosa que consiste en buscar lo Divino en algún lugar, por encima o más allá de nosotros, fuera de Su manifestación. La espiritualidad tal y como nos la propone la enseñanza teosófica consiste en intentar percibir cada vez más lo Divino en todas partes, en todos los reinos de la naturaleza, en todas las formas de vida, así como en nosotros mismos y en todos nuestros hermanos humanos.

Si aceptamos la enseñanza que afirma que la manifestación es la

expresión de la Voluntad Divina, debemos llevar nuestra adhesión hasta el final y reconocer que las cosas son lo que deben ser, hasta en los más mínimos detalles. Nuestro entorno es lo que debe ser hasta en los detalles más pequeños. Es el escenario querido por lo Divino, escenario en el que podremos apoyarnos para comenzar a realizar una verdadera y profunda transformación de nosotros mismos. No hay circunstancias desfavorables, no hay situaciones incompatibles con una puesta en práctica inmediata de la Teosofía.

Esta afirmación nos resulta muy difícil de aceptar porque siempre olvidamos que el mundo manifestado está compuesto por pares de opuestos que lo hacen parecer un mundo de dualidades. El tejido del Universo tiene un anverso y un reverso, y todos los fenómenos, todas las formas de manifestación tienen un anverso y un reverso, un lado de luz y un lado de sombra, y el hombre, en su ignorancia, se obstina en rechazar el reverso de las cosas. Todo lo que calificamos de obstáculo, de desagradable, de malo, etc., es rechazado. Pero, como no es posible separar el reverso del anverso, rechazamos así el todo.

Es cierto que el anverso y el reverso no siempre son perceptibles simultáneamente: el día expulsa a la noche y la noche expulsa al día. Pero en virtud de la Ley del Ritmo Cósmico, de esta Ley del Equilibrio, que rige no sólo el movimiento de los planetas sino los más mínimos detalles de cada una de nuestras vidas, siempre hay una alternancia equilibrada entre la noche y el día, entre la atracción y la repulsión, lo agradable y lo desagradable, lo que

llamamos oportunidades y lo que llamamos dificultades.

Si somos capaces de comprender que el día y la noche, el anverso y el reverso, las dificultades y las oportunidades, son inseparables, tal vez podamos empezar a mirar con otros ojos nuestras condiciones de vida, a dar otra respuesta a los acontecimientos en los que estamos implicados y a los seres humanos con los que estamos en contacto.

La verdadera transformación, es decir, el aprendizaje de ese Arte de Vivir que es la Teosofía, comienza con el primer «sí», y el camino consiste en eliminar progresivamente todo lo que rechazamos hasta en sus formas más sutiles, esos tipos de rechazo que constituyen el único verdadero

obstáculo para la realización de la Unidad de toda la Vida, que es el Alfa y Omega de la enseñanza teosófica.

Y entonces, en lugar de permanecer divididos entre una vida práctica y una supuesta búsqueda espiritual que se excluyen mutuamente y parecen totalmente incompatibles, descubriremos que son las dos caras de nuestro trabajo, no contradictorias sino complementarias, y que una no puede existir sin la otra. Comenzaremos a unificar nuestra vida y avanzaremos hacia un estado un poco más sereno. Porque la Paz, la Luz y la Alegría Divinas, que ya están presentes en lo más profundo de nuestro ser, solo pueden brotar a través de una vida unificada.

Le Lotus Bleu. Marzo-abril de 2026.

LA GALAXIA M100

Rubén Modino

En los dominios vastos del cúmulo de Virgo, donde la materia visible apenas susurra una fracción de la totalidad, se erige la galaxia M100 — también catalogada como NGC 4321— como un mandala espiral inscrito en la estructura profunda del cosmos. Su morfología *grand design*, definida por brazos espirales bien trazados y una intensa actividad de formación estelar, no es únicamente un fenómeno astrofísico, sino una manifestación de orden emergente que parece resonar con principios arquetípicos descritos

por la tradición teosófica.

Desde una perspectiva técnica, M100 presenta una estructura dominada por ondas de densidad que organizan el medio interestelar en patrones coherentes. Estas ondas, lejos de ser simples perturbaciones, actúan como matrices dinámicas donde el gas colapsa bajo gravedad, iniciando ciclos de nucleosíntesis estelar. Cada estrella naciente representa una transición de estado: de lo difuso a lo luminoso, de lo potencial a lo manifiesto. En términos

teosóficos, podríamos interpretar este proceso como una analogía del descenso del espíritu en la materia, donde la conciencia se densifica para experimentar la forma.

El núcleo de M100, con su barra débil y su concentración de masa, sugiere la presencia de procesos de acreción y posiblemente un agujero negro supermasivo que regula, mediante retroalimentación energética, la evolución galáctica. Este centro no sólo organiza gravitacionalmente el sistema, sino que actúa como un punto de convergencia energética. En clave esotérica, recuerda al “corazón solar” del cual emanan y al cual retornan



todas las corrientes de vida: un símbolo del Logos galáctico.

La Teosofía enseña que el universo no es un accidente, sino una expresión de inteligencia cósmica en múltiples planos. Si observamos M100 no solo como un conjunto de ecuaciones diferenciales que describen dinámica de fluidos magnetizados, sino como un organismo vivo en evolución, emergen paralelismos profundos. Sus brazos espirales pueden interpretarse como corrientes de energía, análogas a nadis cósmicos, por donde fluye la sustancia primordial en distintos grados de vibración.

Incluso la distribución de poblaciones estelares —jóvenes y azules en los brazos, antiguas y rojizas en el bulbo— evoca ciclos de manifestación y reabsorción. La entropía local se equilibra con la negentropía generada por la formación estelar, reflejando una danza entre orden y caos que, desde la óptica teosófica, corresponde a la ley del ritmo universal.

Así, M100 no es únicamente un objeto de estudio en el espectro electromagnético, sino un texto simbólico inscrito en el espacio-tiempo. Leerla implica tanto interpretar sus líneas espectrales como intuir su significado ontológico. En su rotación silenciosa, a unos 55 millones de años luz de nuestra conciencia encarnada, parece recordarnos que la separación entre ciencia y espiritualidad es, en última instancia, una ilusión de escala.

RESEÑA DE LAS JORNADAS IBÉRICAS DE 2026

Raquel Fernández

No es tarea fácil plasmar en una reseña las impresiones de estas Jornadas Ibéricas. Han sido muchas, variadas y valiosas las aportaciones realizadas por esta comunidad de hermanos de dos países, que llevamos casi medio siglo reuniéndonos en estos días de Semana Santa. No sólo los ponentes, también los asistentes hemos contribuido al crecimiento conjunto, con nuestras intervenciones, o con nuestra presencia, silenciosa pero activa.

Mis primeras palabras son para señalar el acierto del Secretario General de la Sección Portuguesa, Carlos Guerra, al invitarnos a usar los momentos de pausa para la interiorización en aras de conseguir un silencio interno desprendido y amoroso. Y a pesar de la aparente separación, crear una energía positiva llena de paz, energía que ofrecemos a la Vida y a los Grandes Seres, para que la empleen donde sea más necesaria en estos tiempos turbulentos.

Esta invitación al silencio fue reafirmada por el Secretario General de la Sección española, **Jesús Iglesias**, quien en su intervención se hacía eco de la frase de nuestro presidente internacional Tim Boyd: “Todo nos conduce al silencio”.

El segundo día de las Jornadas,

nuestro hermano portugués **Francisco Gonçálvez** amplió este concepto de silencio y nos habló de “silencio y escucha”. Y escuchamos atentamente su propuesta sobre “Cómo convertir la crisis en un camino”, con un magnífico ejemplo de la vida real: las inundaciones sufridas por Portugal en este 2026. Las experiencias de dolor, impotencia, vulnerabilidad y fugacidad de la vida le mostraron, y él nos lo ha transmitido, que la muerte es sólo una transformación en la expresión de la vida, y que cuando muerte y destrucción afectan directamente a una colectividad, se despiertan la solidaridad y otras cualidades latentes, como la valentía, la cooperación, la creatividad y la confianza, que permiten afrontar los desastres desde la fraternidad. El ponente concluye con su propuesta de aprendizaje: resiliencia ante la pérdida, compasión ante la fragilidad, reconstrucción consciente ante la destrucción y gratitud por el mero hecho de existir ante la impermanencia. Los comentarios de los participantes nos llevaron a entender que estas catástrofes que vemos con los ojos físicos no son más que la exteriorización de lo que ya ha ocurrido en el mundo oculto, en nuestros niveles mental y emocional. De ahí la importancia de nuestros pensamientos, de que seamos cocreadores y colaboradores conscientes en el plan evolutivo de forma positiva, para que no necesitemos que

ocurran tragedias, porque podremos anticiparlas, y sanarlas dentro de nosotros.

Manuel Torres nos habló de “Libertad y fraternidad en tiempos de incertidumbre, ideales o realidades”. Nos realizó un magnífico y profundo análisis, disección lo calificó él, de los tres conceptos: la libertad es necesaria para la evolución y el desarrollo, la incertidumbre es la condición intrínseca del proceso vital para que esta libertad genere efectos y responsabilidades, y la fraternidad es la consecuencia lógica de la culminación de dicha evolución. Pero amparado en su clara defensa del libre pensamiento, comenzó su alocución con afiladas preguntas sobre los tres términos, y terminó con un reto: que cada uno de nosotros se conteste, una vez analizados los amplios y detallados argumentos que propone, si libertad y fraternidad son meros ideales utópicos o realidades posibles, y si podemos asumir esa incertidumbre que es consustancial con la vida.

Con **Jorge Moreira** y su relato de cómo “Caminar en la incertidumbre” entramos en el terreno del arte y la poesía. Salpicado de bellas citas de diversos autores se nos proponen cuatro caminos espirituales: el camino del pantano, el camino del desierto, el camino de la montaña y el camino del silencio. No son más que expresiones complementarias de un único itinerario espiritual, que él define como el camino de la incertidumbre. Cada uno de ellos nos expone a una cualidad determinante: el pantano a la confusión y densidad de lo vivido; el desierto al vacío y la pérdida; la montaña al esfuerzo incesante y la necesidad de elevación, y el silencio a

la suspensión de todas las mediaciones y la escucha más profunda de lo Real. Y en todos ellos, el caminante ha de renunciar a las certezas y caminar en esa incertidumbre que al principio nos asustaba, pero que es lo único que nos va a posibilitar la transformación interior.

Con un enfoque más objetivo y científico, **Carlos Pérez** nos habla de la “Libertad en la incertidumbre”. La incertidumbre es un estado mental. ¿Cómo reaccionamos frente a ella? La libertad nos da miedo, y buscamos una falsa seguridad en un grupo socialmente aceptado, pero esto nos condiciona porque nos dicen qué pensar. Por el contrario, la aceptación de la incertidumbre nos hace responsables de nuestro camino. Libertad e incertidumbre son las dos caras de la misma moneda. Hay que liberarse de lo que nos mantiene atados y abrazar la incertidumbre para descubrir y aprender. La vida nos saca de la zona de confort, y sólo desarrollando las actitudes que nos hacen libres, y abriéndonos a lo inesperado, podremos abordar las cuestiones fundamentales de nuestra existencia: quiénes somos y para qué estamos aquí. La incertidumbre es una característica de la vida y sin ella no



hay libertad; y la libertad es necesaria para evolucionar.

Comenzamos el sábado con la ponencia de nuestra traductora, a quien desde aquí queremos agradecer su tarea, porque sin su paciente labor, las Jornadas no hubieran sido posibles. **Isabel Nobre** habló de la “Teosofía: un hilo conductor a través de la incertidumbre”. Y con la simplicidad que dan la nobleza de corazón y la profundidad de visión, nos llevó, con la imagen de una espiral, a través de siete principios teosóficos (las tres proposiciones fundamentales de *La Doctrina Secreta*, junto con el hombre como microcosmos, el karma, la reencarnación y la alegría de la Vida Una), entretejidos con tres ideas básicas en la Teosofía: la evolución, la Unidad de Vida, y que no hay materia muerta. Con imágenes sencillas recogidas por el ojo experto de la ponente se fueron desgranando suavemente los conceptos teosóficos, con ejemplos de todos los reinos de la naturaleza, haciéndonos partícipes de esa Alegría que impregna a Isabel, y de su inmensa gratitud hacia el TODO, fruto de la aceptación y la comprensión del círculo de la vida trazado en su charla.

El contrapunto lo presentó nuestra hermana **Sissy Rodríguez**, con su charla titulada “Cuando el Alma reconoce”. Nos habló de la incertidumbre como la experiencia humana frente a lo desconocido, y en su comparación con lo incognoscible, la definió como una “ignorancia provisional” que se disipa con la Luz de la conciencia. Como esta incertidumbre es consustancial a la manifestación, hemos de aprender a convivir con ella mientras conquistamos

certezas con esa Luz interna, porque sólo a través de esa luz el alma puede reconocer la Verdad. Luego nos deleitó con la historia del Niño Devoto, y nos habló de la Fraternidad como conciencia de unidad y de la Libertad que surge de esa unidad. ¿La clave? El reconocimiento del alma, porque cuando la Luz interna se enciende, el alma reconoce, la incertidumbre se disipa, la Fraternidad deja de ser una idea y se hace experiencia, la vida se ordena, la acción se vuelve consciente y deja de haber separación. Ahí nace la verdadera libertad.

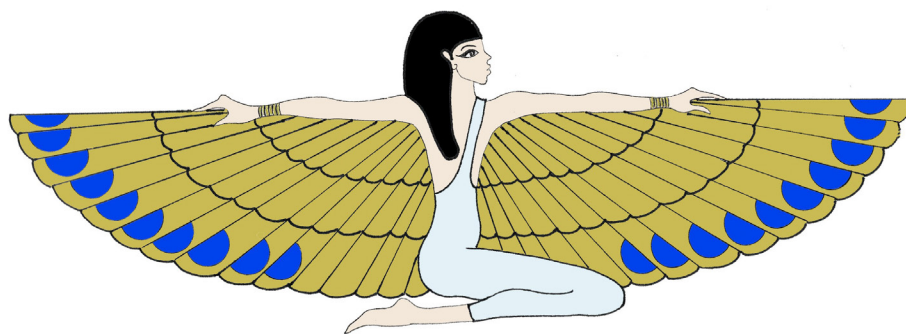
Por la tarde **José Luis Franco** nos deleitó con su ponencia “Fraternidad silenciosa”, que nos llegó al corazón porque fue fruto de la profunda experiencia que tuvo de primera mano de los desastres provocados por la tormenta Kristin en Portugal. Sus palabras nos describieron la íntima conexión entre la fraternidad y el silencio. La realidad de la unidad de los seres se manifiesta cuando la mente se aquieta y puede ver al otro como expresión de la Vida y no como un individuo aislado. Nos invita a la vigilancia interior, que no elimina el sufrimiento del mundo, pero evita que se convierta en indiferencia, a través de varias indicaciones, que sabemos fruto de su propia vivencia: la escucha activa, la contención consciente, la presencia discreta, la acción concreta por pequeña que sea, la elección de no deshumanizar y la responsabilidad por nuestro propio impacto. Y por último nos describió cómo es esa acción que nace del silencio. La Fraternidad silenciosa es un movimiento completo: el silencio revela la unidad, la vigilancia interna la protege, y la acción consciente revela esta unidad en el mundo.

El cierre del sábado corrió a cargo de una invitada muy especial, **Catalina Isaza** llegada desde la Sede Internacional de la Sociedad Teosófica en Adyar, que nos visitó en nuestra Sede Nacional y quiso compartir con nosotros sus reflexiones con la ponencia “Más allá de las diferencias: la libertad que nos une”. Señaló el valor que tiene el reunirnos para reflexionar sobre la libertad y la fraternidad en estos tiempos convulsos y nos mostró cómo ir más allá de las diferencias que vemos para descubrir esa libertad que nos une. La multiplicidad no es separación, sino la Unidad desplegándose en la manifestación. Para que las diferencias no se conviertan en divisiones se necesita una mente no condicionada, una mente que lo cuestione todo. La libertad no es elegir entre diversas opciones, sino comprender los condicionamientos que moldean nuestra percepción para dar paso a esa libertad interior que nos permita relacionarnos con los demás sin miedo ni separación. Descubriremos que la libertad no se conquista contra los demás, sino que se descubre junto a ellos a través del autoconocimiento.

El broche de oro de las ponencias lo

puso **Carlos Guerra**, con sus reflexiones bajo el sugerente título de “La paleta cromática de la incertidumbre”. Nos presenta la paleta cromática como un objeto poderoso que trae consigo el presagio de la creación, porque la fuerza de la creación reside precisamente en esa incertidumbre. A través de cinco paletas entrelazadas (la Universal, la Terrestre, la Celestial, la Humana y la Sublime) fuimos llevados por distintos escenarios donde aparecieron la libertad, la fraternidad, la belleza, la luz y la oscuridad como ejemplos de cómo caminar a través de la incertidumbre.

Después de las impresiones de las Jornadas presentadas por la Sección Española, y de la síntesis final realizada por la Sección Portuguesa, ambos Secretarios Generales dijeron unas palabras de cierre, llenas de agradecimiento por todo lo vivido, y de satisfacción porque el objetivo del acercamiento humano y el silencio interior en el que hemos permanecido han sido conseguidos. Los lazos de fraternidad se han estrechado, hemos crecido en libertad y sin duda sabemos mejor que antes que es la incertidumbre lo que nos posibilita el crecimiento interior.





ORDEN TEOSÓFICA DE SERVICIO (OTS)

TALLERES DE MEDITACIÓN EN LA PRISIÓN

Jesús Iglesias.

Viernes 27 febrero 2026.

Acudimos como cada viernes sin pretensión alguna. No sabiendo si los compañeros de taller seguirán estando o no, y si lo están si participarán, o si otros nuevos hermanos se unirán a nuestros intentos por aprender a meditar, por aprender la importancia de la atención, la importancia de revisar nuestras vidas, nuestros comportamientos, de analizar si unos hechos fueron productores de unas causas.

Queremos aprender unidos a mirar si tenemos barrotes emocionales o mentales, fuerzas que pulsan por hacerse sentir hasta llegar a suplantar nuestra identidad. Nos confrontamos con sinceridad, para, sin mentiras de por medio, mirar y mirarnos, para, buceando hasta lo más profundo de nuestros recuerdos, encontrar el asidero de la verdad, de la que una y otra vez traicionamos con cada acto de desamor, de desatención de la vida.

Hemos tenido la certidumbre de que, en nuestros recuerdos, quizás en nuestra más cándida niñez, hay algún momento singular, sencillo pero lleno de la dulzura que ahora falta en nuestras vidas, amable como nada hoy pareciera acompañarnos. Hemos tenido la certidumbre de que en nuestros pasados hay actos de amor profundos que son un puente

entre nuestra actual desventura y la mayor de las dichas presentidas y prometidas. Pero hay que encontrarlo, reconocerlo y quererlo, abrazarlo abandonándonos en él. Este abrazo al recuerdo venturoso nos invita a la esperanza, a forjar los futuros pasos de una confianza perdida, ahora reencontrada en el recuerdo como un pequeño vislumbre.

Hoy nos hemos sentido igual que el colibrí, hemos sentido que ante tamaña dificultad, la de redimir el dolor y la oscuridad más profunda con tan sólo un recuerdo de amor y verdad era harto imposible. Sin embargo, nos hemos rearmado con la voluntad de ser el aleteo constante del colibrí que, con cada gota de agua, intentara sofocar el incendio de su morada, el bosque. Nos reconocemos como el insignificante colibrí que no se arredra y asume que sólo debe continuar con una gotita más, siempre una gotita más, sabiendo que los ángeles de las nubes y del cielo vendrán a atender su necesidad. El colibrí sabe que, si muere, seguirá siendo bosque, seguirá siendo nube, seguirá siendo fuego, seguirá siendo vida, porque nada permanece sino la Vida.

Viernes 6 marzo 2026. Hay lazos que nos unen. Quizás algo tan sencillo encierra el misterio y el significado de lo que hacemos y por qué lo hacemos.

Es posible que el sentido y propósito de la Vida misma sea algo que se nos escape cuando salimos al camino en su búsqueda.

Quizás sólo las almas libres lo lleven grabado a fuego en sus corazones y no precisen de búsquedas, de caminos errados y sus desventuras. Quizás los demás encontremos en los errados caminos y sus desventuras el aprendizaje que nos resitúe en el comienzo de cada comienzo.

Hoy hemos tenido la oportunidad de ver una preciosa película cuyo título “Cuerdas” nos intima a considerar esos lazos invisibles que nos unen, a entenderlos, a amarlos y a santificarlos como el propósito que nace y renace de las mismas fuentes de la compasión, de la sabiduría, de la libertad. Hay lazos que nos unen, y son camino mismo, escaleras que confirman que más allá de cada peldaño existe un cielo etéreo que nos orienta, que señala el sendero, cada paso. Son tales lazos no otra cosa que inspiración, que la fortaleza y el propósito que muere en cada pequeño acto para renacer más poderoso, como el Amor mismo que todo lo ordena y justifica.

En cada pequeño acto hay inocencia, miradas sencillas a corto, que tan sólo capturan una sonrisa, una mirada, un sentido pleno en lo minúsculo. Y así es como el Cosmos entero se goza y baila eternas danzas en las sencillas manos de los niños para convertirlos en maestros que se engalanan a sí mismos con invisibles lazos, los del amor, que substancian en sus labores. En la inocencia repararemos que se asientan los fundamentos de cualquier conquista, de cualquier esfuerzo. La

Vida nos provee de tales lazos invisibles a los que atarnos de por vida, porque unifican, consuelan, cuidan, protegen, amparan y en un acto supremo de amor nos hacen parte de lo invisible, como ángeles siempre presentes.

https://www.youtube.com/watch?v=4INwx_tmTKw (Cuerdas)

Viernes 20 marzo 2026. Inversión simple, retorno más allá de las expectativas. Este ha sido el núcleo central de nuestra atención y de nuestras reflexiones.

El video que hoy hemos compartido con los hermanos, aunque pareciera ser parte de un mundo idílico en el que una suerte de ángel acompañe a todas nuestras acciones, nos muestra una realidad. Todos, sin excepción, hemos podido experimentar a lo largo de nuestra vida cómo una sencilla acción de afecto, de gratitud, de reconocimiento, de simpatía genera a su vez muchas nuevas acciones de la misma naturaleza. Esto, que es tan sencillo y natural, tan básico podríamos decir, nos pasa desapercibido si no tenemos en cuenta que el tiempo, los sucesos que vivimos, no están realmente separados, sino que, por el contrario, están ligados unos a otros con la cualidad de la energía con que los vivimos.

Hemos reflexionado juntos como siempre, para sumar nuestras experiencias y mirar como si fuéramos uno sólo. Unos a otros nos enriquecemos con nuestras vivencias, a veces similares, a veces tan aparentemente

distintas.

Una de las ideas centrales que a todos nos ha hecho reflexionar es la imagen de un tren que ha de estar bien sustentado en las dos vías por las que discurre, nuestro caminar, y a su vez por la catenaria que se eleva y se conecta con la energía motriz. Muchas veces, nuestra desorientación hace que descarrilemos, que nos apartemos de la senda natural que la vida nos otorga. Nos separamos de los carriles, de las vías y nos detenemos. Esta falta de caminar o de aparente parón nos muestra una realidad, de la que antes o después tenemos que tomar conciencia. Somos cada uno el que se separa de las vías y a quienes nos corresponde volver a situarnos sobre los rieles de la vida. Sólo en las vías el tren podrá volver a circular.

Este circular tiene que ver con el dar, nadie en la vida ha nacido solo y durante incalculables instantes ha sido objeto de donaciones, de regalos

de atención, de afecto y de amor. Si miramos bien, estos actos que no son ajenos a nadie, todos los reconocemos sin esfuerzo, son la energía de la vida, de esa conexión con lo espiritual, con el alma y el poder que renueva todas las cosas y las hace plenas de sentido. Nos corresponde a cada uno mirar y entender esta conexión entre cada simple acto y la vida misma. Tenemos que intentar no descarrilar y saber que el hermano es también parte de ese carril, que el sendero es común y nadie puede quedar fuera del camino. Cada simple acto es posible porque en nuestra naturaleza, en el fondo de nuestros corazones subyace y están presente tanto la catenaria, como el tren, como las vías, como el sendero de vida a transitar. En nuestro abrazo final han estado presentes los hermanos y este seguir caminando con ellos, en un viaje que nos es común, en un tren, el de la Vida, que es su gran regalo.

<https://www.youtube.com/watch?v=pr245ZcuNOW>



NOTICARIO



Se acerca otra fecha de especial relevancia para los teósofos en nuestro común intento de expresión de la sabiduría divina: el 8 de mayo, día en que celebramos el aniversario del fallecimiento de HPB en 1891. Lo hacemos para dar cumplida cuenta de su última voluntad expresada en su testamento: Que los miembros de la ST nos reuniéramos para leer y compartir fragmentos del Bhagavad Gita y de La Luz de Asia.

El nombre que asignamos a este día tiene como origen y causa el hecho de que el Coronel Olcott observara en el primer aniversario de la partida de HPB que las flores de loto blanco en Adyar habían crecido inusualmente.

Desde entonces, los teósofos estamos llamados a ser también un loto blanco, conocedores y testigos de nuestra triple naturaleza, enraizados en la tierra-materia, emergiendo del agua-emoción y elevándonos a través del aire-mente para, reflejando la vivificante luz del sol, expresar el sentimiento de amor por HPB en reconocimiento de su impagable tarea, y por toda la familia humana, para expresar de nuevo nuestro compromiso con la verdad y con la tarea teosófica.

En esta ocasión nos acompañará nuestra hermana Juliana Cesano, quien a buen seguro nos intimará y estimulará para que todos unidos percibamos con total nitidez la luz y el amor que nacen y surgen de estos encuentros fraternales.